



**EXCMO. Y RVDMO. SR. D. GINÉS
GARCÍA BELTRÁN**

Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas. Obispo de Guadix-Baza

Excelentísimo Sr. Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas y de la Fundación San Pablo CEU; Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Mons. Renzo Fratini; Excelentísima Sra. Vicepresidenta de la Asociación Católica de Propagandistas; Ilustrísimo Sr. Director del Congreso.

Dignas autoridades; queridos congresistas; señores y señoras.

Es inevitable que al leer el título de este Congreso Católicos y Vida Pública, que cumple dieciocho años, la memoria y el afecto del corazón se vayan a la niñez, a lo que aprendimos de nuestros padres en la casa, y de la Iglesia en la parroquia o el colegio: “¿Eres cristiano? Soy cristiano por la gracia”, y continuaba el catecismo: “¿Qué quiere decir cristiano? Cristiano quiere decir discípulo de Cristo, nuestro Maestro y Salvador”.

Después, con los años y la formación, muchos hemos podido ir profundizando y madurando la fe sencilla y sincera de la niñez. Sin embargo, en aquellas palabras que estaban pensadas para la memoria, y no sólo del intelecto sino también del corazón, se encierra la esencia misma del cristianismo. Aprovecho esta oportunidad para agradecer a tantos cristianos, padres, catequistas y profesores, que dedican su tiempo y su ilusión a transmitir la fe a los niños y jóvenes, y animo a todos a seguir realizando esta acción evangelizadora como acción fundamental que brota de las entrañas mismas del cristianismo. No privemos a nuestros niños ni a nuestros jóvenes del conocimiento del Señor y de la comunión con Él.

Dicho esto, vuelvo a la esencia del cristianismo, cuestión siempre necesaria, que lo es más en tiempos como el nuestro en el que necesitamos ir a lo esencial, es decir, a la esencia de las cosas. Frente a la permanente tentación de la dispersión y de la superficialidad, también en lo que se refiere al cristianismo, estamos llamados a proponer, con claridad y sencillez al mismo tiempo, la esencia del cristianismo. Creo que nos sorprenderíamos si preguntáramos a muchos cristianos: ¿Qué es el cristianismo? ¿En qué consiste ser cristiano?

La cuestión sobre la esencia del cristianismo ha sido un tema de constante interés, que ha tenido una amplia resonancia en la teología y en la historia del pensamiento en general. L. Feuerbach, en su obra *La esencia del cristianismo*, expone su crítica a la religión, y en concreto al cristianismo, presentándolo como una realidad alienante que desenfoca la esencia del hombre, su humanidad, al proyectarla en un ser llamado Dios. Dios no es sino el espejo del hombre, “el eco de nuestro grito de dolor”. Por ello, se propone reducir la teología a antropología; el crecimiento del hombre será la desaparición de Dios. Sin embargo, la teología ha mostrado en teólogos como Romano Guardini, Joseph Ratzinger, o Bruno Forte, cómo Dios y el hombre no son antagonistas, sino todo lo contrario. Aquí está la esencia misma del cristianismo, en el encuentro entre Dios y el hombre en nuestra misma humanidad. Cristo es la esencia del cristianismo. A este respecto escribe Guardini: “El cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad, ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazaret, por su existencia, su obra y su destino concretos: es decir, por una personalidad histórica”¹; en el mismo sentido y con parecidas palabras, se expresará más adelante su discípulo Joseph Ratzinger, ya Benedicto XVI: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”².

Por todo esto, y explicitando el tema de este Congreso, podemos decir: soy cristiano porque soy de Cristo, porque mi vida ha encontrado un sentido y un horizonte de futuro en Jesucristo, que es el Hijo de Dios hecho hombre. Y porque sé que Cristo es con mucho lo mejor (cfr. Fil. 1, 23); por eso, concibo mi vida, mis relaciones, mis afectos y mis quehaceres desde Cristo y su Evangelio. Como dice San Pablo, “para mí la vida es Cristo” (Fil. 1, 21); y todo lo que soy, o he conseguido, “lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo” (Fil. 3, 8). Incluso cuando mi fragilidad sale a flote y siento en mí la lucha contra el mal, sé que “todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil. 4, 13).

El seguimiento de Cristo, es decir, ser cristiano, no es una cuestión mía y para mí. La fe del cristiano transforma su vida, pero también la del mundo. Ser cristiano es serlo en comunidad, en Iglesia, y en medio del mundo; entre los hombres, que no son competencia sino hermanos.

1 GUARDINI, R. *La esencia del cristianismo*. Madrid: Ed. Cristiandad, 2002, pág. 16.

2 BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Deus caritas est* (2005), 1.

La esencia del cristianismo conlleva un mandato misionero: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc. 16, 15). Nunca se nos ha dicho: esperad a que vengan, no salgáis de vuestras seguridades, estad tranquilos y conservad lo que ya tenéis; no. Se nos ha dicho, por el contrario, que salgamos, que vayamos a los hombres, y hasta las periferias existenciales. No es, por supuesto, una salida que implique “correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad”³. El repliegue sobre nosotros mismos, la autoreferencialidad, es el camino más seguro a la pérdida de la verdadera identidad cristiana.

Son muchos los cristianos que, a lo largo y ancho del mundo, han vivido y viven esta pasión misionera. En los surcos de la historia, en cualquier rincón del mundo por periférico que sea, se sigue sembrando la buena semilla del Evangelio, tantas veces con el riesgo y la pérdida de la misma vida. Hace poco escuchaba a un cardenal africano que decía: mientras vosotros discutís sobre cuestiones secundarias, a nosotros nos están matando por profesar la fe. Ahí queda la interpelación.

Por último, cabe preguntarse: ¿Cómo ser cristiano en medio de este mundo, en esta sociedad en la que vivimos? Permítanme alguna reflexión rápida y abierta.

En primer lugar, necesitamos vivir un cristianismo confesante. Es decir, la fe que supone una profunda vida interior, una relación de conocimiento y amistad con el Señor. Una fe bien formada para dar razón de nuestra esperanza. Y con el sello indeleble del testimonio. Es necesario vivir, haber visto y oído, y hasta tocado, para decirlo después a los demás. Se notan con facilidad los discursos aprendidos, pero que no transmiten experiencia de vida. El beato Pablo VI lo reconoce así en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*: “El mundo de hoy necesita más testigos que maestros y, si acepta a los maestros, es porque antes han sido testigos”⁴. Un cristianismo confesante anuncia con humildad y convicción que Dios, el Dios de Jesucristo, es Padre de todos, que nos quiere y nos cambia. Una fe confesante es una fe arriesgada, que no tiene miedo, que está dispuesta a bajar a la arena de la vida pública para anunciar a un Dios que ama al hombre con pasión infinita, hasta la entrega de sí.

3 FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (2013) (EG), 46.

4 PABLO VI. Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), 22.

Necesitamos un cristianismo que celebra. Una Iglesia sacramento de salvación que celebra los sacramentos como signo real y eficiente de que Dios está presente en la vida del hombre para salvarlo. La horma de la vida cristiana es la Eucaristía, sacramento de la entrega de Cristo y memorial de su amor para con nosotros. Desde la Eucaristía la vida se entiende, no como posesión egoísta, sino como servicio a los demás. En ella encontramos la fuente y la fuerza para ser y vivir según lo que somos.

Por último necesitamos un cristianismo y una Iglesia samaritanos. Como el samaritano de la parábola hemos de hacernos prójimos de los demás, especialmente de los que más lo necesitan; hemos de ser misericordiosos. Vivir en la misericordia y de la misericordia acabaría con muchas tentaciones, prejuicios y miedos que nos paralizan. Nos pueden quitar todo, pero la misericordia nunca nos la quitarán. Como nos dice el Papa, ella es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia y el criterio de autenticidad y de credibilidad de la vida cristiana⁵. Desde el principio se distinguió a los cristianos con el “mirad cómo se aman”. Sólo una Iglesia cercana, oasis de misericordia y hogar abierto al mundo tiene algo que decir a los hombres.

Este Congreso se enmarca en la vocación y misión de la ACdP, que tiene como misión la presencia de los católicos en la vida pública. Así la definió su fundador, el P. Ángel Ayala: “Una asociación de hombres católicos, que han querido y quieren influir en la vida pública directa o indirectamente, pero sin formar partido y uniéndose con todos los católicos o ciudadanos de buena voluntad para todo lo que sea defensa de la religión y del bien común”⁶.

Espero y deseo que este Congreso nos ayude a ser y vivir como cristianos, y a proclamarlo a todos con alegría: “la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús”⁷.

Muchas gracias.

5 Cfr. Bula *Misericordiae Vultus* del Papa Francisco para convocar el Año santo de la Misericordia (2015), 10.

6 P. ÁNGEL AYALA. En la Clausura de la XL Asamblea de Secretarios, celebrada en Madrid del 28 al 30 de septiembre de 1949.

7 EG, 1.